

EL NIÑO Y
LOS PEDIATRAS
EN LA **GUERRA**
CIVIL
ESPAÑOLA



**CUADERNOS DE HISTORIA
DE LA PEDIATRÍA ESPAÑOLA**

Número 10 - octubre de 2015

**GRUPO DE TRABAJO DE
HISTORIA DE LA PEDIATRÍA
Y DOCUMENTACIÓN
PEDIÁTRICAS DE LA AEP**

**Víctor Manuel García Nieto
José Ignacio de Arana Amurrio
José Manuel Fernández Menéndez
Juan José Fernández Teijeiro
Pedro Gorrotxategi Gorrotxategi
Fernando Ponte Hernando
Miguel Ángel Zafra Anta**

Edita:
Asociación Española de Pediatría
Aguirre, 1, bajo derecha, Madrid, 28009, Madrid

Diseño y maquetación:
Lineal Creativos S.C.

ISBN13:
978-84-608-7686-1

Número 10

ÍNDICE

EL NIÑO Y LOS PEDIATRAS EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Prólogo

Benito Madariaga de la Campa

..... Pág. **04**

Enrique Jaso y su epopeya en el traslado de los niños de la Inclusa de Madrid

Miguel Zafra

José Ignacio de Arana

..... Pág. **08**

Las enfermedades carenciales en Madrid durante la guerra y la posguerra. La pelagra. Los calambres y el retraso de crecimiento de los niños de Vallecas

José Manuel Fernández Menéndez

Víctor García Nieto

..... Pág. **17**

Algunos aspectos neonatológicos estudiados por Francisco Grande Covián

Pedro Gorrotxategi Gorrotxategi

..... Pág. **25**

La Guerra Civil y la tragedia del profesor Enrique Suñer (1878-1941)

Juan José Fernández Teijeiro

Fernando Ponte Hernando

..... Pág. **31**

Dr. D. Benito Madariaga de la Campa
Académico de la Real Academia de la Historia



Normalmente, el mundo de los niños es el del futuro, pero no siempre ocurre así y en diferentes periodos históricos la población infantil vivió en el subdesarrollo y, en algunas ocasiones, llegó a alcanzar cifras altas de pobreza y hambre en nuestro país.

En España, los momentos de la mortandad por hambre fueron frecuentes y así lo prueba la aparición en 1554 de la novela picaresca La Vida del Lazarillo de Tormes que suscitó ya entonces un gran interés por su sentido aleccionador y crítico, pleno también de realismo y de gracia.

La hipo alimentación se hizo habitual en algunas regiones, tanto en la población adulta como en la infantil del siglo diecinueve. En este último caso, solía ir unido a un estado de indefensión de la mujer, la principal defensora de los niños. Esta función de ayuda, llevada a cabo en los primeros años por determinadas órdenes religiosas, fue realizada también por algunas personas dedicadas a la atención educativa y a mejorar las formas de vida de niños y mujeres, como hicieron, por ejemplo igualmente, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y María de Maeztu, defensoras de la mujer de su tiempo.

La tercera clase social, la obrera, padecía una situación lastimosa por no tener a penas medios de subsistencia, lo que le obligaba a emigrar a América, principalmente a Cuba, Méjico y Argentina o a trasladarse a otras provincias como era el caso de los “jándalos” de Cantabria, cuando no les quedaba otro remedio que ocupar los puestos de trabajo más bajos, duros y peligrosos, sobre todo con la mujer, que cuando eran viudas con hijos, tenían forzosamente que ser socorridas por la Beneficencia. El trabajo de las mujeres en el siglo XIX se realizaba tanto dentro como fuera de las casas como lavanderas, modistas, criadas, etc., e incluso, lo que era peor, como cargadoras en los muelles o trabajadoras en las minas.

La cantidad de hijos ilegítimos obligaba a recogerlos en centros de la Iglesia o de asistencia. La falta de instrucción, sobre todo en la mujer, en la que abundaba el analfabetismo, la condujo a pasar hambre y a tener que enviar los hijos, a veces, a la inclusa. Todavía era peor la forma de vida durante las guerras, al estar los hombres jóvenes y trabajadores en los frentes de combate. No digamos nada de la población infantil en los hospicios, orfelinatos y casas de acogida. Como ha escrito Pérez Lugín, son niños de los que apenas se ocupaban en “el desconsolado vivir de los hijos de nadie, que no esperan a nadie y nadie les espera”.

La prensa de la época recogía toda clase de noticias del estado lamentable de mujeres y niños desasistidos. En Madrid hubo, por ejemplo, el llamado “Refugio de los niños” en la calle Claudio Coello, nº 32, en el barrio de Salamanca. Había niños de ambos sexos que se perdían en las calles abandonados por sus padres.

La enseñanza de la población infantil fue iniciada, en el siglo XIX, entre otros, por Fernando de Castro, creador de la Escuela de Institutrices y de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, cuyos estatutos se publicaron en 1882. La creación de la Institución Libre de Enseñanza, creada y dirigida por profesores krausistas como Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé Cossío o Manuel Ruiz de Quevedo supuso un avance importante de la educación de los jóvenes de ambos sexos y en la organización de excursiones escolares con niños, no mayores de catorce años, que se trasladaban al campo y a la costa, ya que había chicos que no habían visto nunca el mar. A la vez se los llevaba a ver monumentos y a recibir explicaciones sobre los pueblos que visitaban.

Para una buena información sobre el estado de nutrición de los niños durante la última contienda de 1936 a 1939, un grupo de pediatras ha escrito el libro titulado *El niño y los pediatras en la Guerra Civil Española*, tema que a pesar de tener una abundante bibliografía en general sobre el hambre de la población infantil, se puede decir que se caracteriza por la originalidad del conjunto, escrito por siete autores pertenecientes a la Asociación Española de Pediatría. Son unos artículos breves, bien escritos y que todos ellos se leen con interés por la cantidad de datos que proporcionan al lector, aunque no sea médico.

Los dos primeros autores Miguel Zafra Anta e Ignacio José de Arana Amurrio estudian el papel desempeñado por “Enrique Jaso y su epopeya en el traslado de los niños de la Inclusa de Madrid” a las colonias de Valencia. Es un artículo de gran interés en el que se informa sobre la personalidad del Dr. Enrique Jaso,

director pediatra de la Beneficencia, así como de la labor de sus compañeros Juan Antonio Alonso Muñoz y Bravo Frías que denunciaron lo que suponía el traslado de los niños de la inclusa de Madrid y pidieron más personal. Este estudio supone un reconocimiento a este pediatra de la Beneficencia que con sus compañeros condujo a los niños que por necesidad fueron trasladados a las colonias de Valencia. Ya para entonces la República había sustituido a las monjas, lo que fue un error, ya que poseían una gran experiencia al llevar los centros de acogida. Fue una empresa la del Dr. Jaso llevada a cabo con responsabilidad al suponer una evacuación con cifra elevada de niños de varios lugares. A pesar de la falta de medios, la premura del traslado y la carencia de personal auxiliar y sanitario, el viaje se realizó en tres días y sin bajas, en un viaje penoso al ser demasiados niños, con algunos enfermos.

Lo que debió ser un premio para un buen pediatra y organizador de aquellas colonias, le costó al terminar la guerra un expediente de depuración y no se le repuso en el servicio activo hasta el 27 de febrero de 1956 y lo mismo sucedió con el Dr. Alonso Muñoz, que no volvió a dirigir el Instituto Provincial de Puericultura hasta 1940. Hay que suponer que en lugar de tener en cuenta la eficaz labor de estos hombres se considerara sus ideas políticas anteriores.

En estados de penuria alimenticia de guerra y posguerra o de "hambrunas", se necesitó echar mano de alimentos de recurso, tal como han descrito José Manuel Fernández Menéndez y Víctor García Nieto en su artículo titulado: "Las enfermedades carenciales en Madrid durante la guerra y la posguerra. Los calambres y

el retraso de crecimiento de los niños de Vallecas". Es un trabajo que cuenta cómo fue la vida en Madrid durante el dominio republicano en el que predominó la malnutrición. Es entonces cuando el Dr. Francisco Grande Covián (1909-1995), con la colaboración de varios compañeros, como subdirector ejecutivo del Instituto Nacional de Higiene de la Alimentación, se encargó en Madrid de estudiar las raciones de alimentos y su valor calórico, así como la dieta incompleta de la población. Tiene interés lo que se consumía en aquel Madrid y también los alimentos corrientes que no llegaban a la población. Entre los trastornos ocasionados por carencias, los autores consideran los estudios de Grande Covián y Jiménez García sobre la pelagra que se convirtió en una epidemia en numerosos enfermos, con los signos cuyos síntomas de la enfermedad describieron, enfermedad en la que luego se descubrió su relación con una dieta hipoproteica, unido a síntomas de calambres musculares observado en los niños de Vallecas con retraso de crecimiento, estudiados en los años 1941-1942, trabajo al que se unió J. Rof Carballo.

Manuel Fernández y Víctor García Nieto han estudiado incluso en los años de posguerra casos de latirismo producidos en 1941 y 1942 por el consumo de almortas. El tratamiento con calcio y vitamina B-1 puso de relieve el efecto beneficioso en los niños con retraso corporal de diferente nivel económico en Madrid, que pone de relieve la malnutrición en esta ciudad y la creación por el catedrático de Fisiología Juan Negrín del Instituto Nacional de Higiene en el que trabajó Grande Covián sobre la pelagra.

Pedro Gorrotxategui se ocupa en su estudio en este libro sobre los aspectos neo

natológicos realizados por el citado profesor y científico Grande Covián en Madrid en los años de posguerra efectuados en el citado Instituto Nacional de Higiene de la Alimentación de esta ciudad. El tema escogido fue la relación existente entre la secreción láctea de la madre y su influencia en el peso de los niños recién nacidos durante la guerra, estudios publicados en 1940.

A su vez, el Dr. Aldecoa Juarista consideró el peso de 26 mujeres en Bilbao en los años 1936 y 1937 y cómo a pesar de la hipo alimentación no se modificó la composición grasa de la leche de las lactantes y comprobó una normalidad en el desarrollo de los niños amamantados. Grande Covián estudió también la leche materna de madres desnutridas y advirtió que el mal estado alimenticio de ellas no había afectado la composición de su leche.

El último estudio complementario de este Cuaderno de Historia de la Pediatría Española, que cierra el libro, es el de Juan José Fernández Teijeiro con una pequeña semblanza sobre el profesor Enrique Suñer (1878-1941) sobre los estudios efectuados por este profesor y catedrático con ideas políticas extremas de la derecha española, católico integrista y buen profesional, nacido en Poza de la Sal en 1878 y fallecido prematuramente de cáncer en 1941 a los 63 años. Teijeiro realiza un excelente resumen de su vida en la que desarrolló una actividad médica notable como puericultor, no solo por el ejercicio de la carrera principalmente desde 1902, en que obtiene la Cátedra de Patología General de la Universidad de Sevilla, sino también como pediatra al publicar su conocido libro "Enfermedades de la infancia. Doctrina y clínica" (1918).

Después oposita a la Universidad Central de Madrid a la cátedra de Enfermedades de la Infancia que logra brillantemente en 1921 ampliando su libro con tres volúmenes, siendo un autor distinguido en España como pediatra, aunque su primer libro con el curso de Medicina Infantil lo logra en 1908.

Con la llegada de la República cambia su vida y como católico y monárquico toma una postura activa que Teijeiro define además de católica, conservadora y tradicional ligado después durante la guerra al franquismo siendo nombrado presidente del Tribunal de Responsabilidades Políticas, lo que ocasionó mucho daño a intelectuales españoles de antes y después de la Guerra civil perjudicando a muchos colegas suyos de lo que luego se arrepintió. El primero de los libros políticos en el que colaboró fue el de Los intelectuales y la tragedia española (1937), de la que se hizo una segunda edición en 1938 donde se ataca a ambas a la Institución Libre de Enseñanza que nada tuvo que ver con nuestra guerra civil ni con una fuerza secreta. Fernando Martín Sánchez Juliá fue el encargado por la Asociación Católica de Padres de Familia de recopilar y ampliar ese folleto (Carta a Enrique Sánchez Reyes del 24 de diciembre de 1938).

En resumen, se trata de un libro con interés por recordar y actualizar unos temas sobre la historia de la Pediatría en los años de nuestra Guerra civil, escrito por unos autores actuales conocidos dentro de la Asociación Española de Pediatría, artículos cuya lectura se hace actualmente con otra visión por llevar una seleccionada bibliografía.

ENRIQUE JASO Y SU EPOPEYA EN EL TRASLADO DE LOS NIÑOS DE LA INCLUSA DE MADRID

Miguel Zafra Anta

Hospital Universitario de Fuenlabrada. Madrid.

José Ignacio de Arana Amurrio

Puericultor del Estado

Introducción. Transformación y modernización de la Inclusa de Madrid (1927-1936)

La Inclusa de Madrid experimentó una transformación y una intensa modernización a partir de los años 20 del siglo XX. Ello fue consecuencia de los cambios sociales, demográficos, económicos y políticos de la época y, fundamentalmente, de la reivindicación de los pediatras de la Beneficencia, entre los que destacan Juan Antonio Alonso Muñoyerro (1886-1971) (Figura 1) y Juan Bravo Frías (1893-1937). El elevado índice de mortalidad infantil en es-

tos centros se constituyó en el motivo principal para solicitar por esos médicos cambios en la institución a las autoridades a través de entrevistas, discursos en congresos y la Escuela Nacional de Puericultura. La prensa (*El Heraldo de Madrid*, *El Globo* y otros), la realeza y algunos políticos se implicaron^{1,2}. En 1927, se aprobó la construcción de un centro destinado a la crianza de los niños expósitos, debido al estado ruinoso de los edificios de la calle Embajadores. También, en 1927, se decidió el cambio de denominación por Instituto Provincial de Puericultura (IPP), que englobaba la Inclusa y los Colegios de acogida de hospicianos tras cumplir los 6 años, es decir, para las chicas el Colegio de La Paz y para los chicos el Hospital de Desamparados, el Hospicio o el Colegio de San Fernando³.

El 10 de enero de 1929 se inauguró en la calle O'Donnell el colegio Nuestra Señora de La Paz, y se colocó la primera piedra de la Inclusa por parte de Alfonso XIII⁴ (Figura 2). Hacia 1931 estaba ya en marcha el IPP, si bien la inauguración oficial no fue hasta el 23 de octubre de 1933, por parte del Presidente de la República Niceto Alcalá Zamora⁵.

La arquitectura de la nueva Inclusa muestra dos detalles que suelen quedar desapercibidos para los viandantes de Madrid que pasan por delante del edificio, todavía en pie, pero dedicado a labores administrativas de la Comuni-



Figura 1
Dr. Juan Antonio Alonso Muñoyerro.
Tomado de Pedro Espina Pérez²

dad. Uno de ellos, a nivel de la calle, son dos medallones de cerámica policromada situados a ambos lados de la puerta principal. Representa cada uno de ellos a un niño recién nacido “fajado” con un largo lienzo, como era costumbre hacerlo durante siglos (Figura 3).

Son una magnífica imitación de los que, obra de Andrea della Robbia (s. XV-XVI), adornan la fachada del Hospital de los Inocentes en Florencia, institución pionera en Europa de la atención a los niños abandonados (Figura 4).

Figura 3
Relieve en la entrada principal de la Inclusa



El otro detalle al que nos referimos tiene relación con los cambios políticos que tuvieron lugar durante el periodo de la construcción del edificio. Iniciada durante la Monarquía, se concluyó e inauguró en la República y se colocó el escudo de la Diputación Provincial republicana, con su característica “corona mural” y los cuarteles de las poblaciones cabeza de partido judicial. De preciosa cerámica talaverana, aún preside desde el frontón del último piso todo el



Figura 2
Inauguración del Colegio La Paz. ABC 11-1-1929



Figura 4
Relieve de Andrea della Robbia.
Hospital de los Inocentes de Florencia



Figura 5
Escudo en el edificio de la Inclusa

edificio siendo, posiblemente, el único escudo republicano que permanece en Madrid (Figura 5).

La ubicación de la Inclusa, o del Instituto Provincial de Puericultura, tenía unas condiciones favorables y otras no tanto. Entre las primeras, tenidas muy en cuenta por quienes realizaron el proyecto, estaba su situación en el extrarradio de la ciudad por su extremo Este, junto a las empinadas laderas que descendían hasta el arroyo Abroñigal, afluente del Manzanares por cuyo cauce discurre hoy una parte de la autovía M-30. El lugar era soleado en extremo, lo que beneficiaba a la salud de los internos. Por el contrario, y en relación con ese mismo aislamiento, los alrededores eran un foco de marginalidad y delincuencia, con frecuentes robos a quienes se acercaban a la Inclusa y a los edificios aledaños.

Algunos datos sobre la evacuación de niños durante la Guerra Civil española (1936-1939)

En Madrid, cuando en octubre de 1936 comenzó el asedio militar, el Gobierno

republicano creó un Comité de Evacuación presidido por el Sr. Giral. Posteriormente, se transformó en Oficina Central de Evacuación y Asistencia al Refugiado. Fue el ministerio de Instrucción Pública el iniciador de las colonias escolares de evacuación o campamentos donde se repondrían y gozarían de tranquilidad. En seguida, el Ministerio de Sanidad, a través de la Dirección de Asistencia Social, se encargó tanto de los refugiados como de la evacuación. Estas colonias se situaban en zonas alejadas de los frentes, en especial en la costa valenciana y alicantina, en Aragón y Cataluña o bien en el extranjero. Desde Madrid y algunas otras zonas se trasladarían hasta 6.500 niños a las 81 colonias valencianas. La evacuación de los niños en los primeros momentos se hizo en de forma no bien ordenada, con iniciativas de instituciones como la Diputación, el Ayuntamiento, Sindicatos, el Socorro Rojo Internacional, etc.^{6,7}.

Evacuación en 1936 de los niños acogidos en la Inclusa y Centros dependientes a las “colonias valencianas”

Poco antes del inicio de la Guerra Civil se produjeron cambios directivos y de personal auxiliar en el Instituto Provincial de Puericultura. Las Monjas de la Caridad fueron expulsadas el 9 de julio de 1936 por la Diputación Provincial que presidía Henche, en aplicación de la ley de Confesiones, y tuvieron que abandonar en 24 horas las instalaciones^{2,8}. En el Colegio de la Paz se encontraba entonces 1.250 asiladas, atendidas por 47 hermanas de la Caridad. Una de las monjas que vivieron ese tiempo, sor Irene, relataba, más de cuarenta años después, cómo la situación para ellas

se iba haciendo insostenible en los últimos meses antes de que llegara la expeditiva orden de expulsión. También contaba que algunos empleados las protegieron de amenazas de agresión hasta que pudieron abandonar la Casa, por supuesto vestidas de paisano, cobijándose en pensiones hasta que acabó la guerra. Cada monja trabajaba unas 14 horas diarias y al tener que dejar la Inclusa, la asistencia se resintió. En el diario *Informaciones* y en *ABC* se alude a una crítica realizada frente a esta expulsión por parte del ex ministro de la Gobernación, D. Rafael Salazar Alonso, que había estado al frente de la Diputación Provincial ya que consideraba en exceso radical esta aplicación de la ley.

Los doctores Alonso Muñoyerro y Bravo Frías denunciaron a las autoridades esa situación exigiendo que se dotara de personal con experiencia en proporción de dos enfermeras por cada monja. Asimismo, aprovecharon para denunciar la carencia de otros muchos recursos y la penuria a la que estaban sometidos los niños y las madres lactantes que convivían con ellos. Estas quejas fundadas no sólo no fueron atendidas sino que, como directa consecuencia de ellas, la Diputación cesó fulminantemente a los dos médicos a primeros del mes de agosto de 1936. En su sustitución se nombró, como facultativo y director a un solo médico, el Dr. Enrique Jaso Roldán (Figuras 6 y 7), que había sido ayudante en el Centro. A cargo de las labores administrativas se designó a dos maestros de los que desconocemos hasta el nombre y, por supuesto, su cualificación.

El Dr. Jaso conocía la Inclusa, pero en su visita obligada como nuevo director



Figura 6
Doctor Enrique Jaso Roldán. *La Voz*-13-7-1936



Figura 7
El Dr. Jaso Roldán hacia 1970. Historia de la Inclusa de Madrid. P. Espina Fotografía cedida por su hijo, el Dr. Jaso Cortés

médico apreció la situación de escasez de personal con insuficiente formación, la falta de medicamentos y recursos esenciales de enfermería, la suciedad,

la mala higiene, el hacinamiento, la desnutrición, la disentería y las infecciones continuas. La mortalidad era alta. Fallecían 2-3 niños al día. Jaso inició una organización del laboratorio, del lactario y de las zonas de aislamiento o profilácticas^{2,3}.

El sitio o cerco de Madrid empezó a ser intenso a partir de octubre de 1936 con lo que se generaron desabastecimiento y escasez de recursos. Pronto se vio necesaria la evacuación de los niños de la Inclusa que, entonces, eran unos mil.

No se encuentran datos escritos en la prensa divulgativa o política de la época sobre la forma como se desarrolló el traslado. En archivos, se encuentran algunas referencias de como se hizo la evacuación. Hemos realizado una búsqueda en repositorios digitales: hemeroteca digitalizada de *ABC* y de *La Vanguardia*, Biblioteca Nacional Española (prensa conservadora, liberal, oficial como *El Siglo Médico*, *La Voz*, *El Sol*, *El Imparcial*, *Época*, *Mundo Gráfico*, etc.), y las publicaciones asociadas a médicos que formaban parte del personal de la Inclusa. No hemos encontrado testimonios directos de participantes en estos sucesos de la evacuación de la Inclusa o que los conocieran.

Parece ser que se efectuó un traslado previo de niñas escolares del Colegio de la Paz y del Colegio Pablo Iglesias el 6 de octubre 1936⁷. Se cita que se evacuaron en tren unos 2000 niños con destino a Valencia (Aldaya, Burjasot, Tabernes). Este dato proviene del testimonio de una profesora responsable, junto con otros profesores, de esta expedición (citado por Concepción Monforte Extremiana). El viaje duró poco

más de 12 horas.

Sobre los avatares de la evacuación de la Inclusa poseemos el relato que el propio Dr. Jaso hizo verbalmente a la Dra. M^a Carmen Teruel en 1980. Estas declaraciones están transcritas por Pedro Espina Pérez en su *Historia de la Inclusa de Madrid*², editada por el Defensor del Menor en la Comunidad de Madrid en 2005. Espina fue administrador delegado del IPP desde 1969 hasta 1981. La obra constituye una magnífica e insustituible fuente de datos sobre la Inclusa.

Jaso cuenta que el 19 de noviembre de 1936, encontrándose con su familia en un refugio antiaéreo por un bombardeo en la ciudad, recibió una carta en mano en la que se le instaba sin más explicaciones a proceder el día siguiente a la evacuación de los más de mil niños y madres acogidos en la Inclusa junto a los niños residentes en el Colegio de la Paz y de las Mercedes o Colegio Pablo Iglesias. Solicitó urgentemente ayuda de víveres a la Diputación. Sólo recibió unas cajas de leche condensada y 10.000 pesetas para todos los gastos que generase el viaje cuyo destino eran las Colonias Infantiles de Valencia. Al preguntar el médico por los detalles previstos para ese viaje a la Junta de Evacuación, únicamente le dijeron que a la mañana siguiente saldría un tren de la estación del Niño Jesús, situada junto al hospital del mismo nombre y al parque de El Retiro⁹. El trayecto planteado inicialmente desde la mencionada estación consistía en utilizar el tren hasta Colmenar de Oreja, de allí a Villacañas en autobuses, y luego, de nuevo en tren, a Alcázar de San Juan y, desde esta población, en otro hacia Valencia.

No se le mencionó para nada a ninguna persona de contacto durante todo el viaje.

La madrugada del 20 de noviembre se organizó la expedición. El personal era el dependiente de la Diputación de Madrid. A Enrique Jaso Roldán, el director, le acompañaron su mujer, Maruja Cortés, el padre de ésta, José Cortés Munera, médico y ex concejal del Ayuntamiento de Madrid, otros dos colegas médicos pediatras, que no se especifican en los documentos manejados por los autores, con sus familias, y el doctor Bernal, probablemente Pedro Bernal Fandos que, por entonces, era Secretario General de la Sociedad de Pediatría de Madrid y había sido médico ayudante en la Inclusa. El resto del personal incluía una maestra, algunas enfermeras sin precisarse el número y, también, las madres internas que estaban en el Instituto de Puericultura con sus niños lactantes y de corta edad. Montados en unos pocos vagones del ferrocarril de vía estrecha fueron a parar a la estación de Colmenar de Oreja, a 60 km. de Madrid. Dicha estación estaba situada en mitad del campo, a más de dos kilómetros del pueblo. Allí, con el frío de esa época del año, descargaron los escaletos equipajes y se dispusieron a recorrer ese trayecto a pie. Antes, cuenta Jaso, una mujer que llevaba una cafetera preparó con agua y leche condensada un parvo y mísero alimento para los niños más necesitados. En el pueblo les habían señalado un edificio en el que no cabían ni mucho menos todos los evacuados, niños y adultos, por lo que hubieron de distribuirse en algunas casas que buenamente les prestaron cobijo durante unas horas.

A la siguiente mañana, según las indica-

ciones que Jaso había recibido en Madrid la víspera, esperaron inútilmente la llegada de los autobuses que debían conducirlos en la etapa hasta Villacañas. Cuando Jaso y sus acompañantes comprendieron que nunca vendrían a por ellos, decidieron salir hasta las cunetas de la carretera e intentar que se detuvieran algunos de los muchos vehículos de todo tipo que transitaban por ella hacia Levante con refugiados civiles que huían de un Madrid casi cercado militarmente y sometido a constantes bombardeos. Pero, nadie paraba y las horas transcurrían con los niños en un estado lamentable. Entonces, un grupo de milicianos que estaban en el pueblo y a los que se dirigió Jaso para que se acercaran a ver la situación de criaturas y madres, tomó una decisión imperativa. Los milicianos, fusil en mano, se cruzaron en la carretera obligando a detenerse a camiones y autocares y montando en ellos a los desasistidos que esperaban ateridos de frío acurrucados en la cuneta. Estos vehículos los transportaron hasta Alcázar de San Juan, dejando de lado Villacañas.

La estación de ferrocarril de Alcázar en esa jornada era un lugar que sólo puede imaginarse quien haya visto alguna escena de la película *Doctor Zhivago*. Unas 10.000 personas esperaban en los andenes y las vías para montar, cuando llegase, en un solo tren. Nuevamente, Jaso recurrió a sus dotes persuasivas, apoyadas por la comitiva que llevaba tras de sí y, también aquí, como en Colmenar, encontró una ayuda providencial. El Jefe de Estación llevó a los evacuados a escondidas hasta una vía muerta, donde unos vagones vacíos esperaban para ser enganchados al tren antes de su entrada en la estación. En



Figura 8
En un pueblo de Levante, año 1937. Grupo de niños, enfermeras y madres internas procedentes del Instituto Provincial de Puericultura de Madrid en un chalet habilitado para acoger a los niños de las colonias valencianas (Foto cedida por un familiar). Tomado de P. Espina. *Historia de la Inclusa de Madrid*. 2005

ellos se acomodaron mal que bien, madres, niños y el escaso personal sanitario y auxiliar.

Así, pudieron llegar a Valencia. Jaso refiere que el viaje duró tres días en total. No falleció ningún acogido durante el trayecto. Esto se puede considerar como un gran éxito de la expedición, puesto que en la propia Inclusa se morían de dos a tres niños por día^{2,3}.

En esa ciudad, Jaso se dirigió a las autoridades y se entrevistó con la Ministra de Sanidad Federica Montseny². El seis de noviembre del 36 se había traslada-

do el gobierno republicano a Valencia¹⁰. La Ministra les atendió y les proporcionó un Colegio. Debíó de tratarse del Instituto de Asistencia Social “Gabriela Mistral” y, probablemente, la “Casa Hospicio de Nuestra Señora de la Misericordia”, dependiente de la Diputación. En aquellas instituciones dejaron a las criaturas acogidas, con hambre y “pavor”, en palabras de Jaso. Éste se volvió a Madrid, para abrir más adelante, de nuevo, el Instituto de Puericultura. En Valencia se quedó el Dr. Bernal.

Evacuación secundaria a otras colonias escolares y posterior regreso a Madrid

Según las declaraciones de Jaso, el número de niños evacuados en noviembre fue de unos 1.000. No se han encontrado relaciones al respecto del número total de los que llegaron a esa capital.

La evacuación definitiva se gestionó posteriormente, no sin dificultades y con críticas por mala organización, por parte del Consejo Provincial de Madrid y la Dirección General de Evacuación y Refugiados. Existen listados parciales por colonias de niños procedentes de esa primera evacuación, en el año 1937 y en 1938, tanto en Valencia capital, como el Viso del Marqués y Almagro (Ciudad Real) (Figuras 8 y 9).

Otros se volvieron a trasladar a Madrid, hacia 1938. De hecho, a finales de 1938, se cierra el Instituto de Asistencia Social “Gabriela Mistral”, por no tener ya ningún acogido ni maestra en la Corporación.



Figura 9
Niños en la Beneficencia, Valencia. Instituto de Asistencia Social Maestro Ripoll

Existe un listado del Instituto Provincial de Puericultura y Escuela hogar Maestro Ripoll (O'Donnell, 44), donde se citan, a fecha 25 de junio de 1938, según los datos reunidos por los maestros encargados, 431 niñas procedentes del conjunto de colegialas evacuadas a las Colonias de Levante.

Según un oficio de Jaso de 16-7-1938, se comprueba que por entonces los locales del Instituto se encontraban absolutamente llenos: Lazareto, lactantes sanos (Cuna y Hogar maternal), así como el Hospital. Jaso fue organizador durante el Sitio de Madrid (1936-39) de varios

Dispensarios de Puericultura con asistencia controlada de todos los lactantes de la ciudad.

Por tanto, de los niños trasladados a las colonias valencianas en 1936, posteriormente, muchos volvieron, otros se quedaron allí y otros no sobrevivieron. No hay cifras exactas para cada grupo. También hubo prohijamientos familiares de acogidos, aprobados por una Comisión Gestora.

Epilogo

Al terminar la contienda, Jaso fue apartado de la Inclusa. En 1940 sufrió un Expediente de Depuración

Político Social, que se revisó el 27 de febrero de 1956, fecha en la que se le repuso al servicio activo como especialista. A la dirección del IPP volvió en 1940 Alonso Muñoyerro, hasta su jubilación.

Bibliografía

1. Revuelta Eugercios BA. ¿Qué pasa en La Inclusa? The role of press scandals, doctors and public authorities in the evolution of La Inclusa de Madrid, 1890-1935. *Dynamis* 2015; 35: 107-130. Disponible en http://scielo.isciii.es/pdf/dyn/v35n1/05_articulo.pdf
2. Espina Pérez, Pedro. Historia de la Inclusa de Madrid. Vista a través de los artículos y trabajos históricos. Madrid: Oficina del Defensor del Menor en la Comunidad de Madrid 2005. Disponible en: http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/Sirve_015932964356939841222577/022401.pdf
3. De Arana Amurrio JI. Historia de la Inclusa de Madrid. Cuaderno de Historia de la Pediatría nº 4. Madrid: AEP 2012, pp. 20-31. Disponible en: http://www.aeped.es/sites/default/files/_cuaderno_de_historia_n_4.pdf
4. ABC. Inauguración del Colegio La Paz. Hemeroteca digital ABC 11-1-1929, p. 5 y 21
5. ABC. Inauguración del Instituto Provincial de Puericultura. Hemeroteca digital ABC 14-10-1933, p. 33
6. Alted Vigil A. Los niños de la Guerra Civil. *Anales de Historia Contemporánea* 2003; 19:35-58. Disponible en: <http://revistas.um.es/analeshc/article/view/55511/53481>
7. Crego Navarro R. La colonias escolares durante la Guerra Civil (1936-1939). *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea* n. 2, 1989, pp. 299-328. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:ETFSerie5-BC9D5952-2102-FFF3-273C-6697EF8886AF/Documento.pdf>
8. ABC. Expulsión de las Hermanas de la Caridad. Hemeroteca digital ABC 10-7-1936, p. 31
9. Vicente González M. Historia militar de la Guerra Civil en Madrid. Fuentes primarias. Madrid: Ministerio de Defensa 2014, pp: 3368-3369
10. Barona JL, Perdiguero-Gil E. Health and the war. Changing schemes and health conditions during the Spanish civil war. *Dynamis* 2008; 28:103-126

LAS ENFERMEDADES CARENCIALES EN MADRID DURANTE LA GUERRA Y LA POSGUERRA. LA PELAGRA. LOS CALAMBRES Y EL RETRASO DE CRECIMIENTO DE LOS NIÑOS DE VALLECAS

José Manuel Fernández Menéndez*, Víctor García Nieto**

*Hospital de Cabueñes, Gijón. **Hospital Universitario Nuestra Señora de Candelaria, Santa Cruz de Tenerife

“La verdad es ésta. Los heroicos y gloriosos ejércitos que luchaban en la Ciudad Universitaria estaban formados por la escoria del mundo. Basta fijar los ojos en la lista de las fuerzas que los componían: la «Brigada Internacional» de los rojos; la «Novena Bandera» del Tercio Extranjero de los blancos. Una y otra receptáculo de todos los criminales, aventureros y desesperados de Europa”

Manuel Chaves Nogales

¿Cómo fue la vida en Madrid durante la Guerra? Frente a la esperanzada mirada épica de Antonio Machado (*¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena, / rompeolas de todas las Españas! /La tierra se desgarras, el cielo truena, /tú sonríes con plomo en las entrañas*) está la asqueada mirada lúcida de Chaves Nogales:

“El problema más grave es el del abastecimiento. En Madrid hay todavía depósitos de víveres considerables, pero están en poder de organismos incontrolables, principalmente de la FAI. Los anarquistas, inverosímilmente previsores, se han incautado de grandes cantidades de subsistencias que tienen ocultas y defendidas por sus más bizarros milicianos. «¡Sólo la FAI come carne!», exclama amargamente el vecindario”.

[... “Los camiones que vienen de Levante cargados de vituallas para Madrid son asaltados alternativamente por grupos de milicianos anarquistas o comunistas, que se incautan de ellos en beneficio de sus respectivas organiza-

ciones. Esta operación de apoderarse de un camión cargado de víveres destinados al vecindario hambriento de Madrid y llevárselo a un sindicato, que en circunstancias normales se llamaría sencillamente robo a mano armada, se llama en la arbitraria y caótica terminología revolucionaria, «operación de control». ¡Los camiones «controlados», es decir, robados, son cada vez más numerosos y el pueblo de Madrid muere de hambre mientras los sindicatos acaparan las subsistencias!”...]

[... “La escasez de víveres hace que se formen a la puerta de las tiendas colas interminables de mujeres y chiquillos que permanecen día y noche a la intemperie, bajo la amenaza de los bombardeos. Los comerciantes elevan los precios de día en día y aún de hora en hora. La Junta de Defensa acuerda fijar los precios a que han de venderse las subsistencias y se esfuerza inútilmente por conseguir que rijan, a lo menos, durante siete días, y solo de semana en semana puedan irse elevando”...]

¿Cómo fue la vida en Madrid durante la Guerra? Hoy, nuestro propósito es hablar de la fría mirada epistémica de Francisco Grande Covián.

La malnutrición en Madrid

La Guerra Civil comenzó en Melilla, la tarde del día 17 de julio de 1936. Esa misma tarde se conoce en Madrid la noticia del inicio de la sublevación militar. Los desordenes consiguientes ocasionan que, de inmediato, ya desde el día 18 de julio, se produzcan importantes alteraciones en la vida cotidiana de los madrileños incluidas graves restricciones en el normal acceso a los productos alimenticios. En la noche del 27 al 28 de agosto Madrid sufrió su primer bombardeo aéreo. A primeros de noviembre la línea de frente ya se ha establecido en los mismos lindes del



Figura 1.
Francisco Grande Covián (1909-1995).
Fotografía realizada en 1941¹⁰

tejido urbano de la capital. A partir de ahí Madrid permanece sitiado hasta los últimos días de la guerra.

En los meses siguientes, el prolongado asedio fue produciendo una devastadora hambruna, hasta el extremo de que la población madrileña fue sometida a un “verdadero experimento de hipoaalimentación, análogo al que se puede realizar en un laboratorio”. En esta situación crítica emerge la figura del colungués Francisco Grande Covián (figura 1) quien, con enorme rigor y escasos medios, efectuó diversos estudios sobre las carencias nutricionales de la población madrileña que, aún hoy, son referencia obligada en la bibliografía científica sobre desnutriciones colectivas por déficit de alimentos.

Fue el Dr. Juan Negrín López, catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid, que ocupaba el cargo de ministro de Hacienda al estallar la Guerra, el que al comienzo de la contienda creó el Instituto Nacional de Higiene de la Alimentación. Estuvo ubicado en la calle Príncipe de Vergara 36, contiguo al Cuartel General de Transfusión de Sangre¹. Para su dirección nombró a José Puche, pero, dado que éste era rector de la Universidad de Valencia, fue, en la práctica, Grande Covián, que había sido designado subdirector ejecutivo de dicho Instituto, el que desarrolló todas las investigaciones tendentes a analizar el valor calórico y nutricional de la insuficiente y monótona dieta disponible en Madrid.

Con él colaboraron el neurólogo Manuel Peraita y Francisco Jiménez García quien ya tenía experiencia en encues-

tas nutricionales por su trabajo como asociado en la cátedra de Higiene de la Alimentación y de la Nutrición de la Escuela Nacional de Sanidad de Madrid, de la que era titular Enrique Carrasco Cadenas. También colaboró, a partir de 1938, el otorrinolaringólogo y futuro (entre 1954 y 1959) presidente del Colegio Oficial de Médicos de Madrid, Antonio Martín Calderín.

Desde ese organismo, Grande pudo estudiar la ración alimenticia consumida por la población de Madrid desde el verano de 1937 hasta el fin de la guerra, basándose en cálculos realizados a partir de los datos del abastecimiento total de la población. Ya desde los primeros meses de 1937 faltaron todo tipo de alimentos básicos como leche, carne, pescado, huevos y azúcar². Progresivamente fue escaseando también el pan, hasta el punto de que, a modo de ardid desmoralizante, el 3 de octubre de 1937 Madrid fue bombardeado con panecillos. Las patatas eran difíciles de conseguir. Frutas (con la excepción, durante un tiempo, de naranjas procedentes de Valencia), verduras y hortalizas casi no había. En cambio, se pudo disponer de arroz hasta que se interrumpieron las comunicaciones con Valencia. A partir de agosto de 1938 las lentejas se convirtieron en alimento casi único. Con ironía, el pueblo famélico las llamaba las “píldoras del Dr. Negrín”. El aporte de productos animales fue muy bajo limitado, casi exclusivamente, a bacalao en salazón ya que el pescado fresco de la costa del Norte no llegaba y el procedente de Levante era escaso².

Se acepta que un adulto sano que no efectúe un trabajo físico intenso debe ingerir unas 2400 calorías/día. Los da-

tos obtenidos por Grande revelaron que el término medio de la ración consumida por la población civil madrileña durante los 19 meses en que efectuó su estudio fue de 1060 calorías/día, si bien osciló entre un máximo de 1554 calorías/día al inicio (agosto de 1937) y un mínimo de 770 calorías/día en diciembre de 1938. Desde el punto de vista cualitativo la dieta fue deficitaria en proteínas, grasas, elementos minerales y vitaminas, muy particularmente en vitaminas del grupo B.

La leche era casi un producto de lujo, tanto que llegó a adquirirse solo mediante receta médica. En el mes de agosto de 1937, ante su limitada disponibilidad, el Colegio Oficial de Médicos de Madrid dispuso que “solo se podrá incluir la leche en las recetas oficiales de alimentos en los casos siguientes: en los enfermos febriles agudos, en tuberculosos en periodo febril evolutivo, en cardiacos descompensados, en ulcerosos de estómago y duodeno, comprobados, en nefropatías agudas y en procesos que determinan la imposibilidad de la deglución de sustancias sólidas”³.

Una dieta estándar de los enfermos carenciales estudiados por Jiménez García y Grande Covian podía ser la siguiente:

“Desayuno.- Unos días sopa de ajo, otros malta sin azúcar. Comida.- Un plato de lentejas con pan. Cena.- Un plato de arroz con pan”⁴.

Por término medio, el 71% de las calorías eran suministradas por glicidos (sic), el 12% por grasas y el 17% restante, por proteínas. En general, éstas procedían casi exclusivamente del pan y las lentejas, y en menor proporción del

arroz, las judías o los garbanzos. Es decir, su origen era exclusivamente vegetal⁴. La dieta no era diferente en otras poblaciones españolas. Así, Ellis narra que la población infantil de Bilbao de la que, luego, una parte partiría hacia Inglaterra, “vivía casi exclusivamente de arroz, legumbres secas, repollo y 35 g. de pan negro al día por cabeza”⁵.

Los trabajos de Grande y sus colaboradores permitieron evidenciar cuales fueron los trastornos ocasionados por la extrema penuria alimenticia que cobraron especial relieve en el Madrid sitiado de la Guerra, a saber, la sorprendente epidemia de pelagra, el síndrome parestésico causálgico o de los “pies quemantes” (Peraita), el denominado síndrome de Vallecas¹ (figura 2) y, en

fin, el edema de hambre. Una particularidad resaltada por Jiménez García y Grande Covián fue que “individuos sometidos a dietas muy parecidas, mostraban cuadros clínicos diferentes”⁴.

La pelagra

La pelagra, llamada así desde que de un modo muy descriptivo (*pelle*: piel; *agra*: áspera) el médico italiano Francesco Frapolli le diera este nombre, haciendo hincapié en una de sus manifestaciones clínicas considerada decisiva, es una enfermedad carencial extendida por las amplias zonas de Europa en las que, a partir del siglo XVII, empezó a cultivarse el maíz, originario de América, y en las que este alimento pasó a convertirse en un ingrediente destacado (a veces, casi

Figura 2.
Vallecas bombardeada. Fotografía tomada por Robert Capa <http://madridfree.com/vallecas-bombardeada-2/>



exclusivo) de la dieta. Como es sabido, el gerundense Gaspar Casal, médico en Oviedo de 1717 a 1751, y contertulio de fray Benito Jerónimo Feijoo, en su celda del Monasterio de San Vicente, cuando Oviedo era «la Atenas de España», fue el que en su *Historia natural y médica del Principado de Asturias* fijó con “palabras enjutas, precisas, claras, limadas y medidas durante años” (Marañón *dixit*) las características nosológicas del entonces denominado «mal de la rosa»⁶.

La enfermedad estaba prácticamente erradicada y curiosamente, en el Madrid sitiado de la Guerra, un Madrid en el que no se consumía maíz, surgió una auténtica epidemia. Grande Covián y Francisco Jiménez García tuvieron ocasión de atender en su consultorio a más de 600 enfermos con esta enfermedad. Entre ellos, algunos cursaron sin lesiones cutáneas (pelagra “*sine pelagra*”)⁷.

La dieta estándar consumida por los enfermos carenciales de Madrid, según Jiménez García y Grande Covián, era muy próxima a la utilizada por Goldberger y Wheeler para la producción experimental de la pelagra en el hombre⁸, si bien inferior a ella en valor calórico y contenido en grasas.

En la primavera de 1938 comenzaron a verse en el Instituto y en la consultas de los hospitales de Madrid los primeros pacientes con lesiones cutáneas en el cuello, el dorso de las manos y los pies, además de alteraciones en las mucosas como glositis y diarreas. A finales del invierno de 1938 ingresaron pacientes con alteraciones mentales que condujeron al diagnóstico de pelagra. Los síntomas neurológicos eran muy diversos

como neuritis ópticas retrobulbares, mielopatías funiculares, alteraciones subjetivas de la sensibilidad y, al final, alucinaciones¹. En el artículo de Grande Covián y Jiménez García relativo al tratamiento de la pelagra por el ácido nicotínico, se citan cuatro niños con pelagra con edades comprendidas entre 11 y 15 años⁷. Sus síntomas más llamativos fueron los cutáneos y los intestinales con poca afectación neurológica y mental. En cambio, no se observó ningún niño entre los afectados de pelagra “*sine pelagra*”⁷.

Tradicionalmente, la pelagra se asociaba al consumo de maíz, pero en Madrid no se consumía maíz y se produjo pelagra. Goldberger, citado más arriba, había observado que en los hospicios y los asilos de EEUU se diagnosticaban muchos casos de pelagra, mientras que no se observaba en las prisiones ni en los hospitales, lo que le hizo pensar que la causa del problema estaba en relación con la alimentación. Mediante una dieta administrada a algunos “penados de la prisión de Rankin” consistente en poco más que maíz y tocino, produjo una pelagra experimental que se curaba administrando más leche y más carne. Después, vino el descubrimiento del ácido nicotínico en los extractos hepáticos por parte de Elvehjem y la demostración de su eficacia en el tratamiento de la variante de la pelagra de los perros (*black tongue*)⁹. Más tarde, se descubrió la relación de la pelagra con la dieta hipoproteica ya que nuestro organismo puede sintetizar ácido nicotínico a partir del aminoácido triptófano.

A principios de 1938 Elvehjem publicó su hallazgo⁹, del que tuvo referencia

Grande Covián. Cuenta Marino Gómez Santos en su biografía, que nuestro autor buscó la nicotina en establecimientos de productos agrícolas y de jardinería, empleada para el tratamiento de los parásitos de las plantas¹⁰. Con ayuda de los químicos del Instituto se realizó la síntesis que consiste en la oxidación de la nicotina con ácido nítrico y la separación del ácido como sal sódica. La síntesis industrial se realizó en un laboratorio de la Universidad de Valencia con la colaboración del químico Gómez Aranda^{7,10}.

Covián y Jiménez García comprobaron que el ácido nicotínico era muy eficaz para mejorar los trastornos intestinales y mentales y la pelagra "sine pelagra". Las lesiones cutáneas y las glositis mejoraron en un buen número de casos, si bien la curación parecía "ser debida a la mejoría de los procesos nutritivos generales de los pacientes, más que a una acción específica del ácido"⁷.

Acabemos esta sección con lo acontecido a un paciente que contaba 12 años.

Según nuestros autores, "presentaba una lesión cutánea extensísima que afectaba pies, piernas, rodillas, manos, antebrazo, cuello y sobre todo, la totalidad de la cara... A los 15 días de tratamiento con ácido nicotínico, ese paciente se hallaba curado totalmente; en el lugar de las lesiones solo aparecía la piel renovada, fina e hiperpigmentada, y separada netamente de la piel normal, como si se hubiese realizado un injerto cutáneo"⁷.

Los calambres y el retraso de crecimiento de los niños de Vallecas Concluida la Guerra Civil, en octubre de 1940, Fran-

cisco Grande Covián se incorporó como Jefe del Departamento de Fisiología del Instituto de Investigaciones Médicas (IIM) fundado por Carlos Jiménez Díaz. Iba a ocupar la plaza dejada por Severo Ochoa. Según cuenta Gómez Santos, en febrero de 1941 un grupo de la Fundación Rockefeller se trasladó a Madrid y a través de la Dirección General de Sanidad, inició conversaciones con Grande para exponerle un plan de estudios sobre la situación nutritiva en Europa¹⁰. El programa de la Fundación Rockefeller fue desarrollado en el Dispensario de Sanidad del barrio de Vallecas que, en aquel momento, ofrecía un gran contraste con otros barrios de Madrid. El equipo investigador estaba compuesto por el Dr. Robinson de la legación americana y por Grande Covián y Juan Rof Carballo por la parte del IIM. Este último, años más tarde, sería un gran experto en medicina psicosomática. Como controles, utilizaron a los niños del Colegio Estudio, situado en el barrio de Chamberí, adonde acudían niños pertenecientes a clases acomodadas.

Durante el periodo de las encuestas realizadas en el barrio de Vallecas durante el verano y el otoño de 1941 y el invierno de 1941-42, nuestros autores habían observado una alta frecuencia de calambres musculares que tenían "semejanzas clínicas con las que se observan en la hipocalcemia y la tetania"¹¹.

En un segundo trabajo relacionaron la presencia de calambres con la composición de la dieta¹². Sólo en dos niños se encontraron cifras bajas de calcio, los que "probablemente se trataba de casos de tetania infantil". La frecuen-

cia de calambres en las tres encuestas realizadas osciló entre 12,7% y 39,7% (esta última, en niños del sexo masculino). En el grupo de las familias con miembros con calambres, se observó una dieta con "pobreza en las grasas y una ligera disminución de la cifra de calcio, ya muy pobre". En los 150 niños de la escuela de un "barrio del centro de la ciudad, pertenecientes a familias de posición acomodada, la proporción de calambres fue sólo del 2%". El tratamiento con unas tabletas que contenían "una proporción adecuada de calcio y fósforo así como la ingestión diaria de 4 a 6 miligramos de tiamina durante períodos de tiempo variables entre 8-30 días... consiguió hacer desaparecer los calambres musculares o aminorar considerablemente su frecuencia"¹². El tratamiento tanto con calcio como con tiamina (vitamina B1), impidió conocer si los calambres eran causados por déficit de uno u otro componentes o de ambos a la vez.

En un tercer estudio, Grande Covián,

Figura 3
"Comparación de las velocidades de crecimiento de los dos grupos de niños españoles" CE (Colegio Escuela) —línea supra- y PV (Población de Vallecas) —línea infra-13

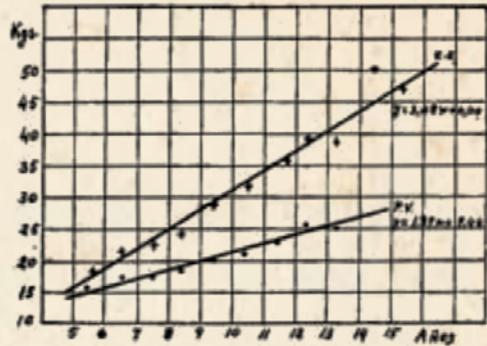
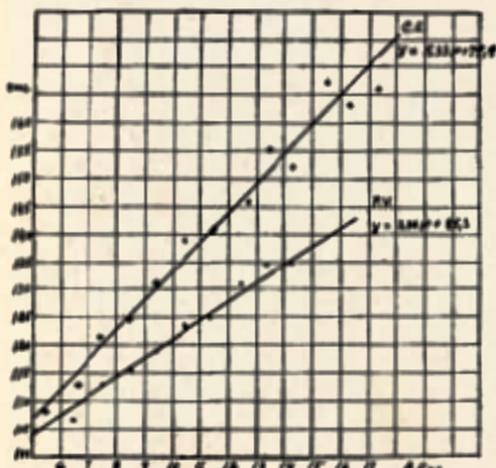


Figura 4
"Variación de peso en función de la edad en los dos grupos de niños españoles" CE (Colegio Escuela) —línea supra- y PV (Población de Vallecas) —línea infra-13

Rof Carballo y Jiménez García estudiaron el desarrollo pondero estatural de 210 niños de Vallecas y de 64 del Colegio Estudio¹³. Los niños del "suburbio madrileño sufren un retraso en su desarrollo corporal que se caracteriza por una menor talla (figura 3) y un menor peso (figura 4) para igualdad de edad. El retraso en el peso corporal es superior al de la talla... Este retraso en el desarrollo debe atribuirse principalmente a causas dietéticas y no solo a carencias específicas, sino sobre todo a insuficiencia cuantitativa de la dieta consumida"¹³.

Epílogo

Los niños españoles que padecieron la Guerra Civil no solo padecieron enfermedades secundarias a una nutrición deficiente. Así, las enfermedades más frecuentes diagnosticadas en los niños vascos acogidos por el gobierno británico fueron la fiebre tifoidea, la tuberculosis pulmonar, la pediculosis y la sarna⁵.

Otra enfermedad nutricional no citada más arriba, que se detectó en los años

posteriores a la Guerra Civil, fue el latirismo. Se trata de una intoxicación crónica con clínica neurológica producida por la acumulación de neurotoxinas —principalmente alcaloides— debido al consumo frecuente de almortas (*Lathyrus sativus*). El latirismo se diagnosticó en los años 1941 y 1942, en los llamados “años del hambre” de la posguerra, en los que se consumió gran cantidad de harina de almortas. Fue objeto de estudios minuciosos por varios autores, especialmente, por Jiménez Díaz.

La madre de uno de los autores (VMGN) vivió la Guerra Civil en Madrid. Entre las anécdotas familiares, frecuentemente repetidas, está aquella en la que la entonces preadolescente acudió al cuartel sito en el Ministerio del Ejército para recoger las sobras de la comida de los soldados, a razón de “dos cucharones por persona”. Esta vez no se trataba de las “píldoras del Dr. Negrin”, sino de “unos garbanzos más duros que una piedra que sabían dulces”. A la vuelta en dirección al domicilio familiar de la calle Goya, a la altura de la Puerta de Alcalá, unos cañonazos aconsejaron a la joven ponerse en posición de “cuerpo a tierra” con la consiguiente caída del contenido del “cacharro de aluminio”. Esa noche, los pocos que quedaban de la familia, no cenaron.

Bibliografía

1. Culebras JM. Trastornos neurológicos relacionados con la malnutrición en la Guerra Civil Española (1936-1939). *Nutr Hosp* 2014; 29:712-718.
2. Del Cura MI, Huertas R. Estudios nutricionales en Madrid durante la Guerra Civil española. En: Bernabeu Mestre J, Barona JL (ed.) *Nutrición, Salud y Sociedad*. España y Europa en los siglos XIX y XX. Seminario de estudios sobre la ciencia. Valencia, 2011, p. 291-321.
3. Gutiérrez Rueda C, Gutiérrez Rueda L. El hambre en el Madrid de la Guerra Civil 1936-1939. Madrid: Ediciones La Librería, 2003.
4. Jiménez García F, Grande Covian F. Algunas observaciones sobre las dietas consumidas por los enfermos carenciales de Madrid. *Rev Clin Esp* 1940; 1:41-47.
5. Ellis RWB. Effects of war on child health. *Br Med J* 1948; 1:239-245.
6. Fernández J, Martínez V, eds. La huella de Gaspar Casal. Homenaje de los médicos asturianos en el 250 aniversario de la publicación de la Historia Natural y Médica del Principado de Asturias. Real Academia de Medicina del Principado de Asturias, Ilustre Colegio Oficial de Médicos del Principado de Asturias. Oviedo: HiFer Editor, 2013.
7. Grande Covián F, Jiménez García F. El tratamiento de la pelagra por el ácido nicotínico. *Rev Clin Esp* 1940; 2:144-152.
8. Goldberger J, Wheeler GA. Experimental pellagra in the human subject brought about by a restricted diet, 1915 (Reproducido en *Nutrition* 1990; 6:357:360).
9. Elvehjem CA et al. Isolation and identification of anti-black tongue factor. *J Biol Chem* 1938; 123:137.
10. Gómez Santos M. Francisco Grande Covián. Madrid: Ediciones Temas de Hoy 1992.
11. Rof Carballo J, Grande Covián F. Calambres musculares como síntoma carencial. I. Fisiopatología, características y frecuencia. *Rev Clin Esp* 1943; 9:308.
12. Rof Carballo J, Grande Covián F. Calambres musculares como síntoma carencial. II. Relación con la composición de la dieta. Pruebas terapéuticas. *Rev Clin Esp* 1943; 9:387-396.
13. Grande Covián F, Rof Carballo J, Jiménez García F. Alimentación y desarrollo infantil II. El desarrollo físico comparativo de dos grupos de niños en edad escolar y distinto nivel económico. *Rev Clin Esp* 1944; 12:155-164.

ALGUNOS ASPECTOS NEONATOLÓGICOS ESTUDIADOS POR FRANCISCO GRANDE COVIÁN

Pedro Gorrotxategi Gorrotxategi
C.S. Pasaia San Pedro (Osakidetza) Gipukoa

Introducción

Francisco Grande Covián es una personalidad ampliamente reconocida por sus trabajos sobre la desnutrición infantil durante la guerra civil española. Algunos de los más importantes van a ser analizados en otros capítulos de esta monografía como son las enfermedades carenciales diagnosticadas en Madrid en la guerra y en los años inmediatos de la postguerra.

Francisco Grande Covián (1909-1995) publicó una extensa obra, con numerosos libros y artículos sobre nutrición, dietética, metabolismo intermediario y composición corporal. Durante la contienda civil, trabajó en Madrid en el Instituto Nacional de Higiene de la Alimentación, ubicado en la calle Príncipe de Vergara 36. Jesús Culebras, hijo de un compañero de Grande Covián y miembro de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid, en un reciente artículo, dice que entre todos debemos empeñarnos en que los trabajos científicos de Grande Covián se difundan más¹. Este es uno de los objetivos de este número relativo a la "Pediatria en

la guerra civil española".

Influencia de la nutrición materna en las características de la secreción láctea

Dos son los temas de índole neonatológica que analizó Grande Covián, a saber, la relación de la desnutrición materna con las características de la secreción láctea y su influencia en el peso del recién nacido.

Con respecto al primero de ellos el trabajo que publicó el profesor Grande tenía por título "La secreción láctea durante la hipoadministración (Observaciones en las madres lactantes de Madrid durante la guerra)"² (Figura 1).

En 1938, el Doctor Aldecoa Juaristi publicó un artículo realizado en Bilbao, durante el asedio al que fue sometida esta ciudad en la guerra civil³. Aldecoa se basó en las observaciones realizadas entre el 22 de septiembre de 1936 y el 23 de marzo de 1937. Estudió a 26 mujeres cuyo peso había disminuido entre un 20 a un 25% con respecto al que tenían antes de la contienda. En sus conclusiones, apuntaba lo recogido en la literatura científica, es decir, que las grandes deficiencias alimentarias no alteraban notablemente la cantidad y la composición de la leche de las mujeres lactantes y que los niños amamantados en esas circunstancias presentaban una normalización absoluta en su desarro-

La secreción láctea durante la hipoadministración

(Observaciones en las madres lactantes de Madrid durante la guerra.)

POR

FRANCISCO GRANDE COVIÁN

Figura 1

llo y en sus funciones. Sin embargo, en opinión de M^a Isabel del Cura y Rafael Huertas, este trabajo tiene dos grandes limitaciones, a saber, el reducido número de mujeres estudiadas y el haber realizado sólo el análisis del componente graso de leche⁴.

Esas dos limitaciones se obvian en el trabajo de Grande Covián, que realizó su estudio entre agosto de 1937 y diciembre de 1938.

Analizó 1118 muestras de leche materna procedentes de madres desnutridas (que habían perdido entre un 20 y un 30% de su peso con respecto al que tenían antes de la guerra). Los datos provienen de las madres que acudían a los dispensarios de puericultura de Madrid. En la recogida se utilizaron tres muestras, las recogidas al inicio, en medio y al final de la teta, mezclando muestras provenientes de ambas mamas. El estudio fue excelente tanto en lo relativo al volumen de las muestras como a la metodología. Así mismo, fue excelente lo relativo a los métodos estadísticos utilizados

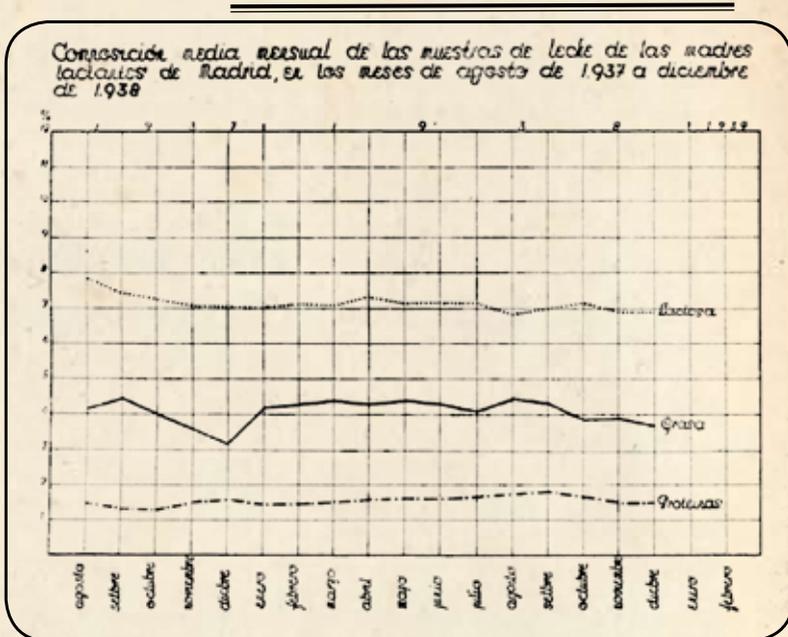


Figura 2

(desviación estándar y coeficiente de variación). Grande Covián no observó una disminución en el porcentaje de los principios inmediatos comparándolos con los datos publicados por Marfan, analizados en mujeres sanas (tabla I). Analizando la evolución de las características de la leche en los diferentes meses, entre agosto de 1937 y diciembre de 1938, tampoco observó diferencias (figura 2). Por lo tanto, sus conclusiones fueron que el grado de desnutrición alcanzado en las mujeres cuya secreción láctea habían analizado no había afectado a su composición química.

Tabla I.

| Diferencias en la composición de la leche entre madres de Madrid y un grupo de referencia | | |
|---|----------------|----------------------|
| Principio inmediato | % | Referencia de Marfan |
| Grasa | 4,04 (± 41,15) | 3,6 |
| Lactosa | 7,13 (± 7,48) | 6,8 |
| Proteínas | 1,54 (± 17,10) | 1,3 |
| Valor calórico (Kcal/dl) | 71,0 | 64,8 |

Los resultados que esperaba obtener, una disminución de los nutrientes y un menor contenido calórico no se cumplían. Un estudio reciente, realizado en Venezuela⁵, ha venido a confirmar las sospechas iniciales del doctor Grande Covián. En este estudio se evaluó la relación entre el estado nutricional materno y las concentraciones de macronutrientes de leche materna madura. Se estudiaron 40 muestras de madres divididas en dos grupos según el IMC en eutróficas y desnutridas. Al analizar las características de la leche de los dos grupos (tabla II), los autores comprobaron que en las madres desnutridas es significativa la disminución de grasas y de proteínas y, por lo tanto, el valor calórico de la secreción láctea.

Influencia de la nutrición materna en el peso neonatal

Si existe controversia entre la nutrición materna y las características de la secreción láctea, no ocurre lo mismo con respecto de la afectación en el peso del recién nacido de las madres desnutridas. Los datos los expuso Gande Covian en un artículo publicado en 1940 (figura 3)⁶.

Nuestro autor realizó una comparación de los pesos de los niños nacidos antes de la guerra con los de los que nacieron durante la guerra en Madrid, que había sufrido una gran hambruna. Para que hubiera homogeneidad en los registros utilizó exclusivamente los datos de la Casa de Maternidad Santa Cristina. Comparó los seis primeros meses de 1938 (durante la

Tabla II. Diferencias en la composición láctea entre madres eutróficas y desnutridas en un trabajo realizado en Venezuela⁵

| Principio inmediato | Desnutridas IMC: 16,9 ± 0,27 | Eutróficas IMC 25,8 ± 0,02 | p |
|---------------------------|---------------------------------|-------------------------------|--------|
| Grasa | 3,80 ± 0,32 | 5,5 ± 1,08 | 0,0001 |
| Lactosa | 6,06 ± 0,43 | 5,7 ± 0,45 | 0,0136 |
| Proteínas | 1,80 ± 0,21 | 2,4 ± 0,32 | 0,0001 |
| Valor calórico Kcal/dl | 65,92 ± 16,68 | 83,25 ± 9,40 | 0,0002 |

SOBRE EL PESO DE LOS RECIÉN NACIDOS,
DURANTE LA GUERRA EN MADRID

F. GRANDE COVIÁN
(Madrid)

Tabla III. Diferencias en los pesos en ambos sexos (1935-1938).
Análisis estadístico de las diferencias encontradas

| Sexo | 1935 | 1938 | Diferencia de pesos | Cociente de Fisher |
|-------|------------------|------------------|---------------------|--------------------|
| Niños | 3,320 ± 0,495 Kg | 3165 ± 0,435 Kg | 0,155 Kg | 5,34 |
| Niñas | 3,190 ± 0,469 Kg | 3,131 ± 0,417 Kg | 0,059 Kg | 1,96 |

guerra) y el mismo periodo de 1935 (antes de ésta) y excluyó los recién nacidos procedentes de partos prematuros o embarazos múltiples.

Como se puede ver en la tabla III, entre las niñas no se observaron diferencias, pero sí entre los niños. A pesar de no ser muy grandes (0,155 Kg) esas diferencias fueron estadísticamente significativas, ya que el cociente de Fisher fue mayor de 3, concretamente 5,34.

Esos mismos resultados hacen que la curva de distribución de pesos de 1938 esté desplazada hacia la izquierda, es decir, hacia los pesos más bajos, en relación al año de 1935, como se puede comprobar en la figura 4.

En los comentarios, Grande Covian añade que la pérdida de peso en los niños varones, aun siendo significativa, fue del 4,67%, es decir, mucho menor que la de sus madres que osciló entre el 10 y el 20%. No obstante, no puede establecer una relación entre el grado de pérdida de peso de las madres y el de los niños al no poseer los datos exactos de todos los pesos de aquellas. El autor no tiene explicación para la mayor resistencia a la desnutrición materna de los neonatos del sexo femenino con respecto a los

del masculino, aunque supone que estará relacionado con las particularidades metabólicas de uno y otro sexo.

Posteriormente, se demostró la existencia de alteraciones en el metabolismo del feto en crecimiento cuando la madre se ve privada de alimento. Estas observaciones se realizaron a partir del estudio de la denominada "hambruna holandesa" ocurrida en ese país durante la segunda guerra mundial en el invier-

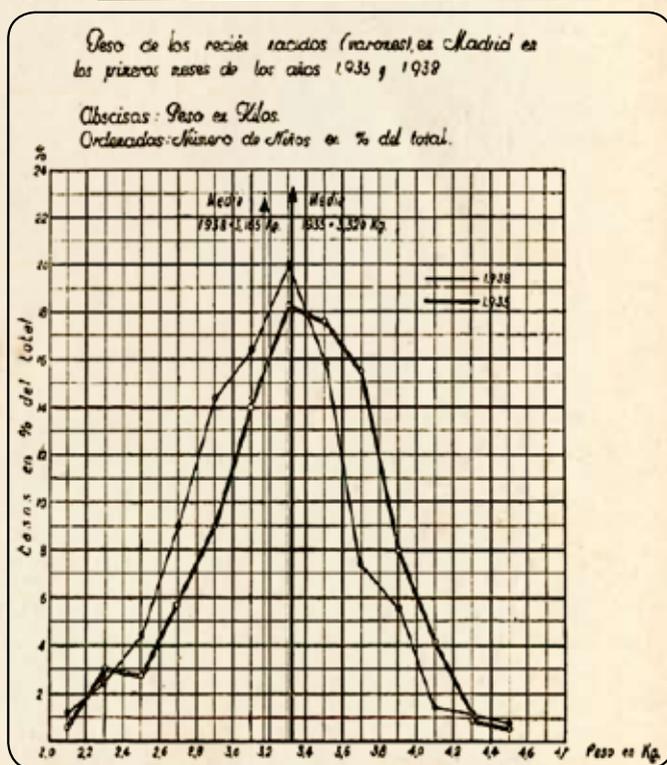


Figura 4

no de 1944 a 1945. La región holandesa quedó al margen de las ayudas provenientes de los aliados tras el desembarco de Normandía. Las madres habían estado sometidas a una ingesta muy reducida (400-800 kcal/día) durante el tercer trimestre de embarazo. Esta hambruna provocó inicialmente una disminución del 9% del peso de los recién nacidos, de un 2,5% de la talla y de un 2,7% del perímetro craneal⁷. Pero la alteración metabólica causada en esos fetos en crecimiento causó daños a largo plazo. Además de un bajo peso al nacimiento en la edad adulta, presentaron una menor tolerancia a la glucosa y una mayor resistencia insulina⁸.

Esta asociación entre malnutrición materna e intolerancia a la glucosa podría explicarse por una alteración permanente en la función de las células beta del páncreas o por una modificación en la sensibilidad tisular a la insulina que ocurriría durante la vida fetal pero que se manifestaría con posterioridad⁹. También se ha observado que en las personas nacidas durante esta hambruna existe una mayor incidencia de enfermedades coronarias, trastornos de los lípidos y aumento de la tasa de obesidad¹⁰. Estos hallazgos han dado lugar a la hipótesis de la programación fetal, que establece que la enfermedad cardiovascular y la diabetes tipo 2 se pueden originar por la adaptación del feto a la malnutrición intrauterina¹¹.

Bibliografía

1. Culebras JM. Grande Covián y la malnutrición infantil en la Guerra Civil Española; comentario a dos artículos clásicos publicados en Revista Clínica Española hace setenta años. *Nutr Hosp* 2014; 30:695-698
2. Grande Covián F. La secreción láctea durante la hipoadaptación (Observaciones en las madres Lactantes de Madrid durante la guerra). *Revista de Sanidad e Higiene Pública* 1940; 2:180-188
3. Aldecoa Juaristi JL. Contribución al estudio de la lactancia materna (Experiencia en la Guerra de Bilbao). *Revista de Sanidad e Higiene Pública* 1938; 1:241-245
4. Cura del MI, Huertas R. Alimentación y enfermedad en tiempos de hambre. España 1937-1947. Consejo Superior de Investigaciones Científicas 2007.
5. Álvarez de Acosta T, Rosell-Pineda M, Cluet de Rodríguez I, Valvueda E, Fuenmayor E. Macronutrientes en leche de madres desnutridas. *Arch Latinoamer Nutr* 2009; 59:159-165
6. Grande Covián F. Sobre el peso de los recién nacidos durante la guerra en Madrid. *Rev Clin Esp* 1940; 1:501-504
7. Stein Z, Susser S. The Dutch famine, 1944-1945, and the reproductive process. I. Effects on six indices at birth. *Pediatr Res* 1975; 9:70-76
8. Ravelli AC, Van der Meulen JH, Michels RP, Osmond C, Barker DJ, Hales CN, Bleker OP. Glucose tolerance in adults after prenatal exposure to famine. *Lancet* 1998; 351:173-177
9. Hales CN, Barker DJP. Type 2 (non-insulin-dependent) diabetes mellitus: the thrifty phenotype hypothesis. *Diabetologia* 1992; 35:595-601
10. Painter RC, Roseboom TJ, Bleker OP. Prenatal exposure to the Dutch famine and disease in later life: an overview. *Reprod Toxicol* 2005; 20:345-352
11. Vargas Serna G. Orígenes fetales de las enfermedades del adulto. *Rev Horiz Med* 2012; 12:41-45



Figura 1. Enrique Suñer (1878-1941)

LA GUERRA CIVIL Y LA TRAGEDIA DEL PROFESOR ENRIQUE SUÑER (1878-1941)

Juan José Fernández Teijeiro

Puericultor del Estado

Real Academia de Medicina de Cantabria

Fernando Ponte Hernando

Comité de Historia de la Pediatría AEP

Santiago de Compostela

El día 30 de abril de 1928 tomaba posesión como académico de número de la Real Academia Nacional de Medicina el profesor don Enrique Suñer Ordóñez. En el acto de recepción leyó el discurso «Notas médico-psicológicas sobre educación infantil». Sería contestado por el profesor don Tomás Maestre Pérez (1857-1936). Iba a ocupar el sillón número 36, vacante por el fallecimiento del doctor Pérez Valdés, y hoy perteneciente a la especialidad de pediatría. Con toda solemnidad era reconocida públicamente la relevante trayectoria profesional y académica del doctor Suñer. Desde 1921 regentaba la cátedra de «Enfermedades de la Infancia» en la Universidad Central. En aquellos años, ser catedrático en Madrid suponía la culminación en la carrera docente. Enrique Suñer lo había conseguido. Muy joven, con solo 25 años había ganado en 1903 la cátedra de Patología General en la Universidad de Sevilla. También por oposición en 1906, tres años después, consigue la cátedra de «Enfermedades de la Infancia» de la Universidad de Valladolid que desempeñará durante quince años hasta su traslado a la universidad madrileña.

Sin duda, Enrique Suñer ha sido uno más entre los miles de profesionales que en plena madurez, con una excelente preparación universitaria y una brillante carrera, reconocidos en los ambientes sociales y académicos, vivieron esos difíciles años que cambiaron el rumbo de la historia

contemporánea de España. Los finales de una monarquía decadente, abrieron las puertas de la esperanza con la llegada de la República. Aquella verdadera revolución de intelectuales, no tardó mucho tiempo en verse desbordada por los radicalismos enfrentados de la izquierda y la derecha. Suñer, monárquico, hombre de profundas ideas religiosas, sobre una afianzada escala de valores tradicional desde sus principios integristas, no podía encajar con docilidad en el nuevo régimen. Quizás, por ello, fue Suñer desde el primer momento un blanco cómodo para ser atacado con facilidad por sus oponentes más extremistas.

Es bien conocido lo que vino después. Guerra Civil, pasiones, venganzas, la derrota para unos y la victoria para otros. Los hechos deben ser contemplados en su contexto histórico. El exilio de muchos intelectuales comenzó ya durante la persecución republicana y la posterior represión del Frente Popular. La victoria nacional alejó a muchos de su patria. Algunos jamás regresarían. A ese duro exilio, más allá de nuestras fronteras, se unió un desgraciado exilio interior propiciado por las sentencias del Tribunal de Responsabilidades Políticas. Las tristemente célebres depuraciones, condenas incruentas y, en ocasiones cruentas, constituyeron una página negra de los primeros años de la posguerra. No tardaron en decretarse amnistías, pero ya el daño estaba hecho.

Una polémica trayectoria

En la biografía del profesor Suñer podemos definir tres etapas. La primera desde su nacimiento, juventud, y formación universitaria hasta obtener la cátedra de Valladolid en 1906. En la segunda etapa, ya como un pediatra destacado en el panorama nacional, logrará en 1921, también por oposición, la cátedra de «Enfermedades de la Infancia» en la madrileña Universidad Central. Su prestigio aumenta. Son los años de congresos, conferencias y publicaciones. La fundación y dirección de la Escuela Nacional de Puericultura significa un paso importante en el desarrollo posterior de la pediatría del país.

La proclamación de la República en 1931 va a marcar esa tercera etapa de su vida hasta que fallece diez años después. La figura del pediatra, vinculada políticamente a la derecha, perseguido y calumniado, brega con dureza tratando de defender sus derechos y sus principios. Al final tendrá que luchar por mantener su vida. Refugiado en la Embajada de Francia, consigue pasar a la zona Nacional. Identificado plenamente con los valores que defiende el Alzamiento, ofrece su colaboración al Gobierno del General Franco. Las páginas de su obra *Los intelectuales y la tragedia de España* (1937), escritas en plena contienda, solo pueden explicarse desde la confrontación y la pasión de aquella crispada realidad y del acosamiento sufrido en los años precedentes. Al final de la guerra entrará en el carro de los vencedores. Restituido en

sus cargos, en 1939 será nombrado presidente del *Tribunal de Responsabilidades Políticas*¹. Apenas dos años después, la muerte sellará su silencio definitivo, y tal vez su sincero arrepentimiento ante quienes consideró culpables e imputó como sus enemigos.

Los primeros años. Bachiller y universitario

Enrique Suñer y Ordóñez, nació en Poza de la Sal, provincia de Burgos, el 26 de noviembre de 1878 (figura 1). Su madre doña Manuela Ordóñez, andaluza, natural de Granada, está casada con el Médico Titular del Ayuntamiento, don Enrique Suñer y Martínez. De origen valenciano, era doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad Central, defendiendo en 1874 su tesis «Del pan, de sus alteraciones y adulteraciones y modo de reconocerlas».

Enrique será el único hijo de ese matrimonio. Tras terminar los estudios de bachiller en 1891, cursará la licenciatura de Medicina en la Universidad Central. Obtiene el grado de Licenciado con fecha de 20 de octubre de 1899. Su expediente es brillante con sobresalientes, premios y menciones honoríficas. Por oposición, en 1897 gana la plaza de Alumno Interno de la Facultad de Medicina, y en 1899 es nombrado Ayudante Honorario de la asignatura de Patología General en esa Facultad. Con fecha de 10 de noviembre de 1900 alcanza el grado de Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad Central con su memoria: «Localización y funciones

1. Tuvo su inspiración en el *Tribunal de Responsabilidades Políticas* de la Dictadura, creado por la República.

de los centros ópticos en el hombre».

Las oposiciones a cátedras

Desea dedicarse a la docencia universitaria. Mientras prepara oposiciones a cátedras es nombrado por concurso de méritos Ayudante de Clínicas en la Facultad madrileña. Se presenta a la oposición de la Cátedra de Patología General de la Universidad de Sevilla. El Tribunal lo designa para ocupar dicha cátedra por unanimidad el 17 de noviembre de 1902. También tiene definida su vocación por la infancia y sus enfermedades. Pronto pide la excedencia en la Universidad de Sevilla. En 1906 se presenta a la oposición a la cátedra de «Enfermedades de la Infancia» de la Universidad de Valladolid. Obtiene la plaza y por encontrarse pensionado por sus estudios en Bonn, Alemania, toma posesión de la misma en el Consulado de España en Colonia el 17 de diciembre de ese año.

Al incorporarse a la Universidad de Valladolid, pronto destaca su labor como docente y su participación en instituciones preventivas a favor de la infancia. Son numerosas las publicaciones que realiza, así como su participación en congresos. En 1908 publica *Curso de Medicina Infantil*, que será la base de su obra posterior. En Valladolid su prestigio lo lleva a ser elegido presidente del Colegio de Médicos de la provincia y, además, será designado Académico de número de la Real Academia de Medicina de Castilla la Vieja, leyendo su discurso de ingreso con el tema «Fundamento del tratamiento dietético en los nefríticos» (1908).

El año 1911 tiene lugar en Berlín el «III Congreso internacional para la protec-

ción de la infancia». Enrique Suñer es comisionado por el gobierno español como representante. Presentará la comunicación *Contribución al estudio de la etiología y de la profilaxia de las diarreas de verano de los niños pequeños en España*. Con él acudirán Martínez Vargas, Sarabia y Tolosa Latour. (S. Granjel, 1965, p.68). Una muestra del reconocimiento de la pediatría española en aquellos años es la colaboración de algunos pediatras, entre ellos Suñer, en los cuatro volúmenes del *Tratado Enciclopédico de Pediatría, dirigido por los alemanes Pfaundler y Schlossmann*. (Ibíd., p.69)

La edición en 1918 de su tratado de *Pediatría Enfermedades de la infancia. Doctrina y clínica*, constituye un paso importante al publicar en lengua española una actualización de los conocimientos científicos de la moderna pediatría. A esta primera edición en tres volúmenes, le seguirá tres años después la segunda en dos volúmenes. En Valladolid permanecerá durante quince años. Oposita a la cátedra de «Enfermedades de la Infancia» en la Universidad Central, Suñer logra la plaza y tomará posesión el 28 de abril 1921.

La cátedra de Madrid. La Escuela Nacional de Puericultura

En esta nueva etapa vivirá los años que lo consagrarán definitivamente como un maestro de la pediatría, pero el destino le tiene reservado unos años muy comprometidos. La universidad no es ajena a las provocaciones, las pasiones y rencores que precipitarán la guerra civil. Las circunstancias van a ser determinantes para que una oscura nebulosa desluzca su renombre como ilustre

pediatra los últimos años de su vida.

Aunque su llegada a Madrid está colmada de proyectos e ilusiones, su presencia en el Claustro de la Facultad de San Carlos no es cómoda. Para Suñer era su «alma mater, llena de vivos recuerdos emotivos» (Suñer, 1937, p.51). Recuerda a los que fueron sus maestros, entre los que estaban, entre otros, Gómez Ocaña, Cajal, Olóriz...

En vez de aquel antiguo conjunto de ilustres catedráticos, eminentes no solo por su Ciencia, sino por la austeridad ejemplar de su vida, la Facultad presentaba otros indudablemente de talento y saber; pero con modos y costumbres muy distantes de las que convenían a la juventud escolar y a la Patria. (Suñer, 1937, pp. 52-53).

Estas líneas, escritas años después en sus recuerdos, nos permiten traslucir la amargura con que se opuso a una Universidad convulsionada por la discordia y los enfrentamientos. Monárquico y conservador, muy tradicional, no podía ver con buenos ojos la deriva hacia un cambio en el sistema político, y mucho menos, por supuesto, los movimientos izquierdistas que atacaban sus principios morales y religiosos.

Con la Dictadura de Primo de Rivera, Suñer es nombrado miembro del Consejo Superior de la Infancia, y por R.D. de 23 de mayo de 1923 es creada, por iniciativa del doctor Enrique Suñer, la Escuela Nacional de Puericultura, adscrita al citado Consejo (figura 2). En esa misma fecha se comisionaba a los doctores Suñer, Tolosa Latour, Pulido y Murillo para que redactaran su reglamentación y



Figura 2. Escuela Nacional de Puericultura. Lecciones a las niñeras (1927)

normativa de funcionamiento.

Suñer fue el primer director de la Escuela Nacional de Puericultura. Los doctores Eleizegui, Piquer, Martín Cortés, González Álvarez, Alonso Muñoz, Bravo Frías, Tolosa Latour, Velasco Pajares y Cavengt Gutiérrez, fueron sus primeros colaboradores, formando parte del profesorado. El fundamento de este Centro constituyó la base para crear otras escuelas provinciales como las de Sevilla (1926), Gijón (1927) y Valencia (1928). El empuje e influencia de Suñer fue decisivo en esos proyectos.

En la historia de la pediatría española, la Escuela Nacional de Puericultura, durante muchos años -antes y después de la guerra civil- ha sido esencial en la formación de especialistas en pediatría, tanto de médicos como de personal sa-

nitario (figura 3). Entre los cientos de pediatras que se formaron con el profesor Suñer destacaremos cuatro que llegarían a ser catedráticos de Pediatría. Fueron Francisco Zamarriego García (1898-1950), Rafael Ramos (1907-1955), Tomas Sala Sánchez (1904-1969) y Ciriaco Laguna Serrano (1905-1991).

La República y la Guerra Civil

Suñer es nombrado Consejero de Instrucción Pública en los años finales de la dictadura de Primo de Rivera. La confrontación universitaria de aquel período desborda los sentimientos y las creencias de un desolado Enrique Suñer. Con el gabinete Berenguer es cesado en ese cargo. Define su postura cuando en 1930 acepta intervenir en un mitin público, en el Teatro Alcázar, organizado por estudiantes católicos.



Figura 3: El doctor Suñer -en el centro- en un acto de la Escuela Nacional de Puericultura (1940)

Protestan ante la discriminación que sufrían en la universidad con respecto a las ventajas que recibía la FUE. «Parecía absolutamente evidente que un plan misterioso fraguaba una conmoción importante en la vida española. Hasta llegué a expresar mi convencimiento de que la táctica empleada recordaba exactamente la seguida por los comunistas rusos» (Suñer, 1937, p. 157).

La actuación de Suñer en el mitin fue recogida por los periódicos derechistas y Ángel Herrera Oria, el abogado fundador de ACNP² y director de *El Debate*, lo invitó a colaborar en ese diario con una sección de puericultura. La República está al caer, y unos días antes, el 27 de marzo de 1931, publicará el artículo *La Puericultura de la Revolución* ante los sucesos ocurridos en San Carlos, denunciando la falta de autoridad y la desacertada actuación de las fuerzas de orden público. Son muy duros los ataques que recibe Suñer por ese escrito, tanto por parte de la Facultad de Medicina como por el Colegio de Médicos. Como desagravio unos días antes del 14 de abril, por iniciativa de *El Debate*, recibirá un homenaje en el Hotel Nacional. Entre otros estarán presentes Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu y Luca de Tena

Así, con la llegada de la II República, comienza esa tercera etapa de la vida de Enrique Suñer. Con amargura e ironía, él mismo relatará cómo fue premiada su labor:

[...] fue la primera la suspensión de empleo en mi cátedra, decretada por el decano de la Facultad de Medicina, Sebastián Recasens, con la advertencia hecha por Marcelino Domingo, Ministro de Instrucción pública, de formación de expediente, con destitución definitiva, por mi comportamiento en los finales del pasado Régimen, decretado por el tristemente célebre "Licenciado Pascua", hoy embajador en Rusia de la roja España, privándome de la dirección de la Escuela Nacional de Puericultura, fundada por mí, en la cual había con esfuerzo firme trabajado durante cinco años en beneficio de nuestros niños, y cuya solidez debió ser tan grande, cuanto que los recién llegados no se atrevieron a suprimir la institución que yo había creado. (Suñer, 1937, pp.188-189)

Suñer no se detiene. Lucha con su verdad y con la Ley. En 1935 (*Blanco y Negro*, p. 14) logra recuperar en los tribunales la dirección de la Escuela. Pero la tragedia lo persigue. A los pocos días del Alzamiento del 18 de julio de 1936, un decreto de la *Gaceta de Madrid* publicado el día 22, va a determinar el cese en la cátedra y en todos sus cargos por ser considerado «enemigo del Régimen». Junto con él, entre el 3 y el 18 de agosto es decretado el cese de Antonio Royo Villanova, Pedro Sainz Rodríguez, Severino Aznar Embid, Lorenzo Girones Navarro, José María Yanguas Messía, Vicente Gay Forner, Alfonso García Valdecasas, Gonzalo del Castillo Alonso,

2. Asociación Nacional de Propagandistas, fundada por Ángel Herrera Oria (1886-1968). Abogado del Estado, sería ordenado sacerdote en 1940, y nombrado Obispo de Málaga en 1947.

Ángel A. Ferrer Cagigal, Salvador Gil Vernet, Martiniano Martínez Ramírez, Francisco Gómez del Campillo, Eduardo Pérez Agudo y Blas Pérez González; y el día 28 de agosto, José María Gil Robles.

“Los intelectuales” y el epílogo de una tragedia

En el contexto de la tragedia que vivió España entre 1936-1939, es fácil entender la identificación de Enrique Suñer, como la de otros muchos españoles, con la causa defendida por el Movimiento Nacional. Trató de salvar su vida, como tantos otros. Recordemos a Gregorio Marañón que había sido “partero de la República” y huyó a Francia. Suñer, tan pronto pudo, logró llegar a Burgos en la zona nacional. Y si salvar la vida es importante, no era menos defender sus principios. La personalidad y prestigio de Enrique Suñer era bien conocida y la Junta Técnica del Estado lo nombra primero vicepresidente y después presidente de la *Comisión de Cultura y Enseñanza*, sustituyendo a José María Pemán (Vegas L., 1978, p.98).

En plena lucha fratricida, año 1937, Suñer edita en Burgos *Los intelectuales y la tragedia de España*. No resulta fácil entender hoy, en ese desafortunado relato de un hombre humillado y perseguido, el rencor, la hostilidad y la saña que denuncia en sus páginas. Muchos nombres e instituciones son objeto de su animadversión. Desde Giner de los Ríos, con su Institución Libre de Enseñanza, pasando por Marañón, Pittaluga, Recasens, Nóvoa Santos —ya fallecido—, Negrín..., pocos se salvan de sus ataques y mordacidad. Estos “intelectuales” son los culpables de la tragedia que vive

España. Habla de la necesidad de una redención y limpieza. Enrique Suñer ya está en el carro de los que pronto van a ser vencedores. En febrero de 1939, dos meses antes del final de la contienda, Suñer es nombrado presidente del *Tribunal de Responsabilidades Políticas*. Su labor depuradora se extenderá desde la enseñanza al resto de ámbitos de la vida pública española.

La firma de Enrique Suñer aparecerá rubricando miles y miles de expedientes. Llega la Victoria. Desde esa ceguera triunfal asume ese papel de ángel vengador y justiciero. Con todos los honores recupera los cargos que le habían sido arrebatados: la cátedra de Pediatría, la dirección de la Escuela Nacional de Puericultura, el sillón en la Real Academia de Medicina, la presidencia del Colegio de Médicos de Madrid..., tiene 62 años. Un cáncer agresivo no tardará en dictar su sentencia definitiva el 27 de mayo de 1941. Al día siguiente, tras los funerales en San Jerónimo el Real, un solemne cortejo fúnebre llevará sus restos al cementerio de la Almudena. Con valor y humildad aceptó la realidad de ese inevitable destino. Pidió perdón, uno a uno, -confidencia del profesor Sánchez Villares- ante los que consideró agraviados por la dureza de su pluma. Aquellas depuraciones fueron las más amargas recetas que pudo firmar el Dr. Enrique Suñer.

¿Es posible que una revolución, una guerra, pueda convulsionar la mente y la brillante trayectoria de un profesional? Difícil nos resulta dilucidar cómo un pediatra, un excelente pediatra —por qué no decirlo— como lo fue el profesor Suñer, hubiera llegado a ocupar la presidencia de aquel espinoso Tribunal.

Esta sombra tampoco puede encubrir su trascendental contribución al desarrollo de la pediatría española. Evocar hoy su figura y su obra nos revela ese trágico y funesto destino. Pero no debemos, ni tampoco queremos, ser nosotros ahora los jueces. Esa es la misión de la historia.

Bibliografía

- Archivo General de la Administración (AGA). Expediente de oposición entre Doctores a la Cátedra de Patología General con su Clínica, vacante en la Universidad de Sevilla (1902-1903). Enrique Suñer Ordóñez. IDD (05)019.001, caja 32/07522, exp. 5435-29
- AGA. Expediente de oposición a la Cátedra de Enfermedades de la Infancia, vacante en la Universidad Central de Madrid (1920-1921). Enrique Suñer Ordóñez. IDD (05)019.001, caja 32/07568, exp. 5455-4
- Archivo de la Universidad Central. Expediente personal del doctorado de Enrique Suñer Ordoñez, 1902
- Archivo Histórico de la Universidad de Valladolid. Expediente personal del profesor don Enrique Suñer Ordóñez (1906-1921). AHU. UVA. Leg. 2535-50
- Blanco y Negro. 12 de mayo (14), 1935
- Brusi Méndez MC. Estudio bio-bibliográfico del profesor don Enrique Suñer. Tesis doctoral. UCM: Madrid, 1957
- Sánchez Granjel L. Historia de la Pediatría Española. Universidad de Salamanca, 1965
- Suñer E. Localización y funciones de los centros ópticos en el hombre. Tesis doctoral (Manuscrito). Madrid: Universidad Central, 1900
- Suñer, E. Enfermedades de la Infancia: Doctrina y clínica. Valladolid: Talleres Tip. Cuesta, 1918
- Suñer, E. Notas médico-psicológicas sobre educación infantil. Discurso de ingreso como Académico de Número. Real Academia Nacional de Medicina. Madrid: Talleres Tip. Velasco, 1928
- Suñer, E. Los intelectuales y la tragedia de España. Burgos: Ed. Española, 1937
- Vegas Latapié E. Los caminos del desencanto. Memorias políticas 1936-1938. Madrid: Tebas, 1987





AEP

Asociación Española de Pediatría

CH

Comité de Historia



9 788460 876861